

LA MARAVILLOSA AVENTURA DE LAS COLONIZACIONES

Bajo el signo de la Flor de Lis

L'histoire de la France c'est
L'histoire de la humanité

Mason

HERNANDO GAITAN L.

Una evocación del pasado

Cuando hablamos de Francia nos invade una sutil y suave sensación, vaga e imprecisa, como la aroma ya casi extinta que exhalan las cosas guardadas en antiguos y nobles armarios, discretamente olvidados, pero presentes siempre como aquellas imágenes que pueblan la dulce melancolía del recuerdo. Será acaso porque en esa especie de Edad Media que vive el hombre de todas las épocas, se agitan en su mente con igual intensidad los hechos del momento y las cosas de ayer? Para las gentes de este siglo la imagen de Francia cobra un significado tal vez único. Ella ha estado siempre presente en la historia, mucho antes que los guerreros francos

concurrieran con los romanos al encuentro del bárbaro Atila en las Llanuras Cataláunicas. Por eso quizás, en un instante histórico, que bien podría generalizarse, lo pregonó el poeta Darío en su prosa brillante: "Los bárbaros Francia, los bárbaros oh cara Lutecia"... Pero cuando más comprendemos la significación histórica de este pueblo es cuando recorreremos ciertos lugares de nobles ciudades que guardan celosamente el grandioso pasado. En su apoyo podríamos afirmar, que quien visita Versalles con inquietud histórica, experimenta siempre una extraña sensación de recogimiento, de íntima emoción y de indescriptible nostalgia. Es como si un vientecillo fresco aventara a su paso ese polvo invisible satura-

do de gloria, que guardan los sitios y las cosas, testigos de pasada grandeza. Por eso, cuando acuden a mi mente recuerdos de viajes y de lugares distantes, retorno a los días de peregrinaje por el inmortal palacio, plenos de evocación y encanto, cuando me aislaba en contemplativa emoción en los grandes salones, en las estancias y en los corredores y pasillos, tratando de hallar en cada cosa su verdadero sentido y su papel e influencia en los momentos históricos que le cupo vivir. Hoy, cuando aún se mantiene fresca esa visión de Versalles, iluminada por la luz de un picante verano, reviven plenamente tres impresiones que he logrado aislar del bullicio y del cúmulo de sentimientos que provoca la inquietud heterogénea y fugaz de los viajes en permanente tránsito. La primera de estas sensaciones es de carácter estético y sentimental pues se relaciona con la reina María Antonieta. He aquí su alcoba. Todo en ella provoca ternura, conmiseración y una vaga e imprecisa tristeza. Aquí exactamente vivió, soñó y sufrió esta flor de aristocracia, cuya gentil cabeza arrebató de un tajo brutal la guillotina. Todas las cosas que fueron suyas parecen como si se hubieran detenido en el tiempo. Todas reflejan su frescura de entonces y la estancia parece exhalar la fragancia de su dueña. Este era el asilo de su intimidad. Pero hace ya mucho

tiempo que no lo guardan las damas de la corte y las flores que amaba tanto se marchitaron para siempre. Ya lo habían sido cuando por última vez abandonó el palacio y marchó a las Tullerías, último refugio antes de ser guillotinado. Su avance, apresurado por las exigencias del trágico momento, ya no evocaría aquellos días dorados "cuando se deslizaba apenas, rodeada de sus damas, como una selva de plumas repartiendo sonrisas y sembrando ilusiones".

Como era tan difícil olvidar esta dulce y a la vez dolorosa impresión, debí procurarme otras sensaciones en la cambiante perspectiva que me rodeaba. Las encontré muy pronto gracias a aquel acto afortunado de Luis Felipe "le roi-citoyen", en aquellos tiempos en que Francia vivía de las glorias pasadas, bajo el imperio gris de la ventruda burguesía".

He aquí el museo y las salas consagradas a "todas las glorias de Francia". Campean por doquier las expresiones de las gestas heroicas y el brillo acerado de la victoria; las cargas inmortales de la bizarra caballería, realizadas con brillantez y colorido; los rostros hermosos y viriles de los héroes que conducen sus huestes vencedoras; la contrita expresión de los vencidos que marchan en desorden hacia la retaguardia; los parlamentarios, inclinados ante el vencedor, haciendo entrega de las llaves simbólicas de las fortalezas

arruinadas; la sangre moteando de rojo la blancura de los nobles corceles; las muecas trágicas y las contorsiones de los heridos y de los agonizantes; las aguas corrientosas arrastrando los muertos que se arraciman en dantesca visión y el firmamento, cruelmente azul, sobre la desolación y la muerte. Estas son las glorias de Francia. La Francia de Clodoveo, de Carlos Martel, de Juana de Arco, de San Luis, de Bayardo, de Conde, de Turena, de Napoleón y de tantos otros. Esta impresionante e inolvidable visión de heroica sublimidad permanece por siempre en el recuerdo de los que recorren Versalles. Ella transporta a todas las épocas y lugares donde las armas francesas alcanzaron victorias, perpetuadas en el lienzo y en los imponentes monumentos. Una sola de todos los tiempos por la comunidad de las glorias y de los dolores, es la patria. Esta presencia heroica de los franceses en los campos de batalla, es realmente el infierno de la guerra. Cuán impresionante pero cuán grande a la vez. Guerreros franceses que vencieron en Poitiers; la jornada de Taillebourg bajo la serena conducción de San Luis; los cruzados entrando a Constantinopla; la distribución de las "águilas napoleónicas"; Solferino; Magenta; Sebastopol; las Pirámides y el sol de Austerlitz.

Afuera, en el "Cour Royal", Luis XIV, desde lo alto de su pedestal,

parece como si quisiera hundir su espada en las ondas del Rin en busca del corazón de Alemania.

La tercera y última impresión de Versalles, es la placidez de sus jardines, la pureza y diafanidad de sus fuentes, la suave y discreta penumbra de sus bosques y el Gran Canal que invita a navegar hacia lo imposible. Por estas avenidas, hoy tan calladas, transitaban las regias estampas de los Luises, las del Primer Imperio, las de la República. Un gran silencio parece envolver el noble palacio, depositario de la gloria y del pasado inmortales.

La gran perspectiva de Francia

No ha sido posible hasta hoy y quizás no lo sea en mucho tiempo, fijar precisamente el comienzo de una civilización. En el caso de Francia habremos de señalar, que este país no siempre ha sido designado con este nombre ni ha constituido un solo Estado. Con la disgregación del Imperio Romano se alteró sensiblemente el caleidoscopio europeo. Aludes de pueblos se precipitaron sobre los restos de lo que fuera otrora la civilización romana. Sin embargo, es bien cierto que ya con anterioridad a estas postreras oleadas de conquistadores, las ruinosas y humeantes ciudades que sobrevivieron al colapso del Imperio, se hallaban ocupadas por ejércitos bárbaros al servicio de emperado-

res que también eran bárbaros, pero que por aquellas ironías tan usuales en la historia, se habían convertido en defensores de una civilización que los había conquistado, pese a que ellos reinaban sobre las ruinas de las cultas ciudades que ellos mismos habían destruido. En el ir y venir del oleaje de las hordas incontrolables de jinetes y de pueblos enteros que se enseñorearon del maltricho Imperio, la Galia se hallaba ocupada por tres pueblos germanos: Los Francos, los Burgundos y los Visigodos, que se establecieron respectivamente sobre las zonas fronterizas del este, del noroeste y del sudoeste. El resto del territorio, poblado de galos, obedecía a los bárbaros emperadores de Italia que reinaban al vaivén de las victorias y derrotas del cambiante mundo de las continuas invasiones.

Los historiadores no se han puesto de acuerdo sobre la región o asentamiento inicial de los galos. Algunos afirman que posiblemente se desprendieron del brumoso norte para escapar del mundo de los hielos, de los vientos borrascosos y de las noches interminables. Los cronistas de la antigüedad coinciden en describirlos como guerreros altos y valientes, blancos, de ojos azules, cabellos rubios o rojos, grandes bigotes, muy comedores y bebedores. Sin embargo, sobre la masa del pueblo no aparecen referencias que

aporten descripciones dignas de tenerse en cuenta. Los romanos, los primitivos habitantes y otros pueblos europeos sufrieron sus frecuentes incursiones y desplazamientos. Esto ha hecho pensar que estos hombres del septentrión eran más parecidos a los alemanes de todos los tiempos que a los franceses de hoy, en su mayoría de mediana estatura, ojos oscuros y pelo castaño o negro.

Las gentes de la Galia no escribían y de ellos sólo conocemos lo que narraron en su época los cronistas griegos y latinos. Según estas versiones, parece que su sola presencia inspiraba espanto y el lenguaje que acostumbraron para referirse a ellos, es casi el mismo que los exploradores y viajeros emplearon para designar a los salvajes. "En este país, decían, el invierno es muy frío, nieva y la tierra se cubre de hielo, pudiendo pasarse a pie los ríos". "Beben, dice un griego, cebada podrida en agua, que huele muy mal. En vez de aceite emplean grasa rancia de cerdo, tan poco grata al olfato como al gusto".

Casi todos los cronistas coinciden en que los galos sólo poseían casitas hechas de tosca madera, en que el humo salía por un agujero que había en el techo y a las que tenían acceso por una puercecita baja que conducía a un pavimento de tierra apisonada. No había lechos en ellas y las gentes

dormían en el suelo. Comían sentados encima de la hierba o sobre montones de hojas. Sus vestidos eran más abrigados que los de los romanos. Para patentizar su barbarie la crónica añade que a más de ser valientes solían cortar la cabeza a los enemigos muertos, en el mismo campo de batalla. Ataban la cabeza al cuello del caballo y luego la clavaban en su vivienda para enseñarla a los visitantes. También solían mantenerla en conserva en aceite de cedro, dentro de un cofre.

En este breve esbozo de los tiempos antiguos no es posible ni tampoco aconsejable, desarrollar un tema tan conocido y tan trajinado acuciosamente por los historiadores de los dos últimos siglos. Pero bien vale, sin embargo, insertar una ligera reseña sobre la religión que practicaban los galos y sobre una institución que ha sido aprovechada con mucho éxito por los amantes de la poesía, de las leyendas y de la encantadora fantasía de la Edad Media. En efecto, los "Druidas" u hombres de las encinas formaban una gran cofradía en la que entraban gentes de los distintos pueblos, que se reunían todos los años en el centro de la Galia, en el país de los Cornutos, para elegir su jefe. Fueron a la vez sacerdotes, adivinos y médicos. Celebraban sus reuniones y cumplían sus ceremonias en un recinto a cielo descubierto, en la cima de una mon-

taña o en el claro de un bosque. Vaticinaban el porvenir por el vuelo de las aves; creían en las virtudes y propiedades maravillosas de ciertas plantas, especialmente el muérdago de la encina, parásita muy poco frecuente, que los "druidas" vestidos de blanco cortaban al final de la última luna de invierno con una hoz de oro que humedecían en agua consagrada. Según la leyenda, "las almas de los muertos se reunían todos los años para pasar el mar". Ese día, era tradición, los marinos de la costa de Francia oían llamar a su puerta. Era un dios que conducía las almas. Entraban en sus barcas y, aún cuando parecieran vacías, se hundían como si estuvieran llenas de pasajeros. Eran las almas invisibles de los muertos. Izaban velas. En una hora pasaban el canal y arribaban a la costa de Inglaterra. Allí oían al dios llamar a los muertos; las almas invisibles salían; las barcas se aligeraban y los marinos volvían a sus casas".

Con esta somera apreciación sobre los galos, uno de los troncos principales del futuro pueblo francés, llegamos por fin al "año mil" que algunos historiadores han elegido como el comienzo de la historia de la civilización francesa, por razones que consideran válidas si se tienen en cuenta ciertos hechos notables, ocurridos a partir de la finalización del Siglo X. La primera que tuvieron como ar-

gumento fue que para entonces la era de las invasiones estaba tocando fondo. Ya no se producían esos grandes y violentos movimientos, que habían sacudido los más profundos asientos de la civilización y de la cultura en la Europa Occidental. Otra segunda consideración es porque se apoyaron para sustentar su punto de vista, es la de que en los umbrales del "año mil", sitúan las lindes de un dilatado período de progresos materiales y espirituales. Y por último, que el material de información para el historiador de estas épocas, parece tornarse menos decepcionante y deja vislumbrar cierta esperanza en el futuro con la desaparición lenta, pero progresiva, de los "siglos oscuros". Era ya casi posible abocar el conocimiento de una civilización puramente francesa, pese a que sus regiones constituían provincias mal diferenciadas, englobadas en conjuntos culturales más vastos. Ya puede presentirse que las formas de vida material, de pensamiento y de expresión cobrarán poco a poco rasgos particulares.

En lo religioso una apreciación sobre lo que ocurría en este siglo X, permite realizar cabalmente por qué Francia a lo largo de toda su historia ha sido casi invulnerable a la penetración de otras ideas y que salvo períodos de luchas internas y externas derivadas de la Reforma Luterana, la autoridad de las altas jerarquías de la igle-

sia y del clero menor ha sido inmensa, rubricada con hechos de tal magnitud, que no pueden equipararse con los acaecidos en pueblos de tan acendrado catolicismo, como España e Italia. El "obispo" concentraba en su persona el poder económico y el poder político y era el pastor de toda la diócesis. Era el juez de los grandes pecados; el sacerdote común de todos los miembros de la alta aristocracia y el inspirador de las actividades caritativas que congregaban en torno a los templos devotas multitudes de indigentes. Clérigos regidos por reglamentos, auxiliares de los preladados, dirigían la formación intelectual del rebaño y vigilaban celosamente el comportamiento del clero rural instalado en los oratorios privados, construidos por las familias nobles en el centro de sus residencias campestres. Las últimas manchas de paganismo comenzaban a ser borradas y lo serían inexorablemente en tiempos posteriores.

En lo social se atenuaban las particularidades locales y las distancias se acortaban un tanto con la circulación de hombres, libros e ideas en la gran extensión de pobrísima fluidez social que aquejaba a las grandes regiones que conformaban el mundo de los franceses, interferido por las fronteras lingüísticas latinas y germánicas y dialectos que sobrevivirían por muchos siglos aún. Este fe-

nómeno de las distancias entre los núcleos de población diseminados en las vastas regiones, fue desarrollando y a la vez confirmando y consagrando jurídicamente usos y prácticas de relaciones sociales que habían permanecido hasta el siglo XI en la vaguedad de las reacciones instintivas. "Nobleza", "caballería", "honor", "homenaje", palabras claves de la estructura que se fue modelando con el aislamiento de los claros de población, que en forma incontrolable tuvieron sobre la vida rural francesa resonancias tan prolongadas, que todavía hoy no se han apagado completamente. Una sociedad enclavada dentro de estos marcos desembocaría forzosamente en el olvido y casi en la extinción de las ideas de soberanía y de comunidad pública, pues la autoridad o el principio de autoridad ha de manifestarse en lo concreto y ser reconocida, pues nadie obedece a un amo que no ve y cuya voz no oye. Así la presencia física del Jefe es indispensable y su poderío no puede extenderse más que sobre pequeños grupos de hombres reunidos. Sobre esta realidad, basada en la experiencia modelada por la fuerza y los hechos históricos, debía inevitablemente constituirse una especie de amalgama en la que habría de predominar por derecho propio una casta de "hombres bien nacidos" y dotados de privilegios consagrados por la costum-

bre. No nace pues, sino que con la llegada de una especie de toma de conciencia, se difunde ampliamente la idea de que la sociedad cristiana debía dividirse en "órdenes", es decir en categorías de fronteras que tenían forzosamente derecho a un trato especial, impuesto por las terribles experiencias de los siglos que se ha convenido en llamar oscuros. De una parte los pocos ricos, señores ociosos entregados por entero al arte militar con la obligación de defender con las armas a las demás categorías sociales; de otra parte, la masa de los pequeños, de los pobres, de los rústicos, que se hallaban bajo la protección de los especialistas de la plegaria y del combate, unidos por sus comunes intereses socio-económicos, el mayor lazo de complicidad que puede atar y vincular a los hombres de todos los tiempos. Esta unión, indiscutible en mucho tiempo, porque de ella se habían beneficiado todos en horas en que estuvo en peligro la supervivencia de un pueblo, recibió un nombre, que aun cuando criticable y muy poco apropiado para designar un período histórico, necesariamente en trance de resolverse a favor del poder central que no abdicó jamás de sus derechos, recibió la denominación de "Feudalismo", una de sus articulaciones, quizás la menos importante de la nueva ordenación de las relaciones entre los hombres, a raíz de la liquida-

ción de la forma imperial de gobierno.

La casta de los caballeros ocupaba todos los cargos de la alta jerarquía eclesiástica, preservadora de la cultura ilustrada y cuyos dominios se habían convertido en señoríos independientes. Sus mandados (*manants*), hombres del Santo Patrono, eran juzgados, castigados y prestaban sus servicios en provecho de los clérigos o de los monjes. Los prelados amaban la caza y la guerra y qué no hablar de su libertad sexual, pese al creciente movimiento de reacción tendiente a desligar la iglesia de la "corrupción de lo temporal". La infiltración de las maneras nobles de vivir y ese ósmosis establecido entre lo temporal y lo espiritual, obraban activamente en el avance en profundidad de las concepciones caballerescas en el seno de las representaciones religiosas.

Ha sido práctica de historiadores, profesores, catedráticos y hombres que posan de alguna cultura, afirmar y sostener con cierta clase de argumentos, superficiales y ligeros, el oscurantismo, la ignorancia y la concepción retardataria de la Edad Media. Es evidente que se trata de una apreciación que considera a este período histórico, como si se tratara de un todo homogéneo en su largo durar. Si se hace memoria, bastaría hacer referencia al

tiempo transcurrido de 1070 a 1180, para recordar que en la región conocida como del bajo Sena se multiplicaron los signos de una vitalidad y de un progreso intelectuales, semejantes a los que habrían de ocurrir en 1750, cuyo movimiento aún parece arrastrar a las épocas contemporáneas. Esta referencia no podría aplicarse a todas las regiones de Francia, por virtud de que no todas evolucionaban al mismo ritmo, como en el caso de la Bretaña interior que acusaba un atraso cercano a los cien años con respecto a las más avanzadas. Este siglo XII testimonia su expresiva tendencia creadora con la iglesia abacial de la Trinidad de Caen y el coro de Nuestra Señora de París; con la formación del autor de la versión del "Roland", el nacimiento de Francisco de Asís y la muerte de Chrétien de Troyes. Fue también el siglo de Abelardo y de San Bernardo de Claraval.

El progreso de un siglo en los diversos órdenes, ya sean estos de tipo cultural o material, parece hallarse vinculado ostensiblemente al desarrollo, estado o alternativas de la economía. Para Francia el siglo XII aportó un crecimiento agrícola, industrial (artesanal) y comercial, paralelo al perfeccionamiento de las contribuciones que informaban el sistema señorial. Aprovechando la creciente prosperidad, los burgueses y campesinos negociaron un cambio en la natu-

raleza de los tributos y en las entregas en especies y dinero. El trabajador rural comenzó a manifestar mejores condiciones alimentarias, mayor protección de su salud y menores dificultades en la crianza de sus hijos. Disponían de utensilios menos burdos y compraban con más frecuencia en la ciudad sal, calzado y hierro para la fabricación de herramientas. Con todo, su albergue continuaba tan primitivo como siempre, sin mobiliario alguno, sólo contadas escudillas y trípode para el fuego. Se vestían con pieles de animales de caza, con la lana de sus borregos y con el cáñamo que crecía detrás del establo. Es curioso anotar que el burgués proseguía viviendo a la manera campesina, pese a ser el poseedor de los metales preciosos en cada localidad. Las nuevas ganancias producto del movimiento comercial, como era de rigor, iban a parar a las manos de las dos élites, de la plegaria y del combate. El sector urbano siguió progresando ininterrumpidamente y se afianzó el poder de la burguesía frente a los nobles y al clero terratenientes.

La congregación religiosa de los benedictinos de Cluny, fundada en 910 en la célebre y antigua abadía que lleva su nombre, propició cada día más un cristianismo orientado hacia la celebración fastuosa, a la vez musical y plástica, de la gloria de Dios, hasta llegar a constituir el arte nuevo, tan buscado

desde el siglo X, para florecer por fin en la alborada del siglo XII, con sus realizaciones resplandecientes al sur del loira y de los umbrales de Borgoña. Erigió templos de bellas piedras, bien apretadas, conforme al modelo de los edificios romanos, para contener y amplificar el canto salmodiado de la liturgia. Con este vigoroso apoyo, alimentado por la mística fervorosa de sus incontables adeptos, se desató, por así decirlo, la apertura de talleres de albañilería, la profesión de hombres de oficio, canteros, talladores de piedra, transportadores, albañiles organizados en compañías itinerantes, para culminar en el acto artístico supremo del estilo románico, ennoblecido por la piedra, desde los muros hasta el techo, fiel a la concepción de una belleza arquitectónica que culminaba en la bóveda principal de una estética particular, con el fin esencial de crear alrededor del altar, un espacio interior cerrado, separado del mundo, donde la atmósfera tuviese una calidad diferente, receptáculo y caja de resonancia de la música sacra.

El hálito vivificante del progreso pareció animar todas las cosas en el siglo XIII. Innúmeros objetos provenientes del intercambio mercantil enriquecieron la imaginación y dieron satisfacción a los anhelos crecientes de una sociedad que tendía al refinamiento y a la posesión de productos de

lujo que no se fabricaban en la casa, sino que viajaban de distintos lugares para satisfacer una demanda que habría de convertirse en hábito. En los hogares chisporroteaba el fuego en las chimeneas de cal y canto y ya las luces taladraban la oscuridad de las noches en que vivieron sumergidas las generaciones precedentes. Aparecieron los muebles; los cofres con bisagras y cerraduras, reforzados de hierro; los muros se vistieron de tejidos; los lechos lucieron accesorios que fueron objeto de cuidadoso inventario; los antiguos utensilios de madera y tierra cocida fueron reemplazados por calderos y recipientes de metal. La glotonería de antaño fue desplazada por la refinada concepción del buen gusto y los buenos manjares; los vinos nobles y generosos hicieron olvidar la amarga cerveza tradicional. La burguesía comenzó a ostentar costosos trajes y vestidos. "Debeis vestir bien, decía San Luis, para que vuestras esposas os quieran más y nuestra gente os tenga en más estima". "Escarlatas, bermejas, escarlatas sanguíneas, violetas de granza, paños garzos, castaño oscuro, eran tejidos para los ricos por sus colores vivos, a tono con el siglo de tornasol y de abigarramiento de color. Con la finalización del siglo XII había comenzado a operar la concentración política. El vocablo Tesoro que anteriormente apenas se mencio-

naba, cobró cada día creciente importancia. El "poderío" que otrora giraba alrededor de una serie de conceptos, entró a depender del Tesoro Real. El rey Felipe Augusto así lo comprendió a cabalidad. Al redactar su testamento antes de emprender la cruzada en 1190, puso a buen recaudo su reserva de riquezas. Los hechos venían comprobando, que para hacer la guerra había que disponer de un Tesoro. Este permitía asimismo, distribuir "Feudos de Bolsa", una especie de renta anual de numerario para pagar dependientes mediante un lazo mucho más firme, que permitía ejercer sanción inmediata a cualquier infidelidad; se podía comprar a los nobles apurados de dinero su homenaje por las tierras que poseían, y algo más trascendente aún, por medio de agentes a sueldo se desplazaban recursos a lugares lejanos con las debidas seguridades. Y por último, el dinero que confería el verdadero poder, una superioridad a algunos señores, herederos de antiguas magistraturas regionales, mediante autoridad sobre los grandes caminos comerciales, ferias y grandes ciudades.

En la contienda que se había venido librando entre la realeza y el poderío feudal, aquella no había sido asfixiada completamente, pues el rey de Francia conservaba tres posiciones seguras: su título consagrado, impreg-

nado de poder divino; su condición de emperador, nimbada aún por el prestigio de Carlo Magno, cuya figura llenaba la joven literatura y obsesionaba las imaginaciones caballerescas, y además, él quedaba fuera de la madeja enredada de las relaciones de vasallaje. El no rendía homenaje a nadie y no debía arrodillarse con la cabeza descubierta ante alguien, que no fuera Dios. Era el amo de un vasto señorío familiar, que dos siglos después de la elección de Hugo Capeto, volvería hereditaria la magistratura real, en virtud de la transmisión de padres a hijos, de la corona real.

En el incansable devenir de los acontecimientos llegó el eclipse para las regiones de la Francia meridional; las rutas comerciales ya no eran las de España sino las de Italia, que terminarían por volverse hacia París. La ciudad pequeña del siglo XI se creció en el XII por la conjunción de tres razones: el desenvolvimiento de la circulación por el río Sena con el gran movimiento de las ferias de Champaña; el éxito de los maestros que atrajo multitudes de oyentes ansiosos de cultura y progreso intelectual, y por último la elección de rey, quien la hizo su residencia predilecta. Ella es la más grande de las ciudades de Francia y así tendrá una triple función: la primera capital en que se fijó el centro de un estado euro-

peo; el centro económico más desarrollado y la gran encrucijada intelectual de su época. Era ciudad triple y se empinaba en el corazón de una de las islas del Sena, la "cité", viejo reducto defensivo; rodeada de muralla muy antigua; hacia el este, flamante, se alzaba la catedral de Nuestra Señora por encima de las casas del capítulo y de los establecimientos de caridad; en el otro extremo el palacio real ceñido por un muro, reunía jardines, huertos, construcciones diversas y oratorios como el de Sainte-Chapelle, construido por orden de San Luis. Un espíritu de suntuosidad animaba ya entonces a la futura "ciudad luz". El rey se alojaba indistintamente en la fortaleza del Louvre, en Vincennes y en otros castillos de los alrededores inmediatos. Ya la costumbre designó el punto fijo de la administración real con el nombre del "hotel", que albergaba la innumerable servidumbre de clérigos, caballeros y lacayos. En la "cité" el centro de los negocios y de las actividades mercantiles, estaba la calle de los "Pañeros" y de la "Judería" (Draperie y Juiverie). La vida escolar se agitaba, concentrada en el claustro de Nuestra Señora. Por calles pavimentadas, por orden de Felipe Augusto, se llegaba al priorato cluniense de Saint-Martin des Champs. Muy cerca, alrededor de Saint-Jacques de la Boucherie, se concentraban

los mostradores de los oficios y las carnes. Por otra vía, el camino de Saint-Denies, que se abría en los Champeaux, entre los Innocents y Saint-Opportune, el mercado en que todos los sábados ofrecían sus artículos los campesinos de los alrededores. Allí desembocaba esta ruta sobre el gran puente. Esta es apenas una parte del rostro del viejo París. Pasamos por alto, al otro lado del río, la abadía de Saint-Germain-de-Prés y la abadía de Saint-Víctor, los viñedos y las praderas extensas que aislaban el pequeño burgo campesino instalado cerca de ella. Luego, por el camino de Orleans, la calle de Saint-Jacques, las laderas de la montaña de Sainte-Genevieve, el área de la antigua ciudad romana.

Y ya para despedirnos del París del Siglo XIII bien vale consignar, que al mediar el anterior ya esta ciudad había alcanzado tal renombre a través de sus escuelas, que ellas eran reputadas como las mejores de la cristiandad para el estudio de la dialéctica y de las ciencias sagradas y consideradas como un vasto centro de investigaciones de múltiples maestros, el "seminario de todo el alto clero y la almáciga de donde salían los obispos y dirigentes de la iglesia. "Por ellas pasaron muchos papas futuros y su clientela cubría toda Francia, Inglaterra, Italia, Alemania y los países escandinavos. Estos estudiantes,

con hábitos y maneras de vivir muy diferentes, ricos algunos pero en su mayoría famélicos, dormían bajo el pórtico de las Iglesias, ganaban unos pocos dineros como sirvientes, sochantres, copistas y como ayudantes para repasar las lecciones de sus camaradas más ricos."

Con el advenimiento de los siglos XIV y XV sobrevienen los notables progresos que hicieron de Francia el foco más notable de la cultura occidental. Las tierras se poblaron en su totalidad, los paisajes cobraron sus formas y la agricultura alcanzó sus verdaderos lineamientos. En el primero de estos dos períodos, si nos atenemos a las obras literarias, a los escritos íntimos, a los diarios, a las memorias y aún a los testamentos, se percibe un clamor de angustia, de lamentaciones, como si algo ominoso flotara en todas las manifestaciones de la vida. Es entonces, cuando revisando la crónica y el registro de los hechos históricos, se encuentra plenamente justificado el sentimiento colectivo. Sobre Francia se abatió inexorablemente en ciudades, campos y aldeas, el más sorprendente cúmulo de vicisitudes y desgracias, alcanzando por igual a ricos, nobles y plebeyos. Simultáneamente la guerra, la peste y el hambre se desataron en proporciones nunca antes conocidas. La Guerra de los Cien Años, la Peste Negra y la

terrible hambruna diezmaron regiones enteras. Algunos observadores juzgaron que la activa civilización testimoniada en todo el conjunto de las manifestaciones sociales experimentó marasmo, estancamiento, repliegue y retroceso de la producción y los cambios. Otros, discrepan y sólo lo atribuyen a las circunstancias.

EL MUNDO DE ULTRAMAR

1. *Las Islas del Pacífico*. - El espacio marino comprendido entre las costas occidentales de las tres Américas y las Zonas orientales de Australia y Asia, ha sido designado: Mar del Sur, Océano Pacífico y Gran Océano. Posiblemente el pasmo y la admiración que suscitó a los que lo avistaron por primera vez o a los que lograron apreciarlo en toda su extensión, dió cabida a tan variadas denominaciones. Ellas ponen así de presente la relatividad de los conceptos. Lo que Balboa avizó desde una eminencia del Darién no fue más que la imagen de un mar que corre, tanto al Norte como al Sur del Ecuador; lo que a su turno apreció de súbito Magallanes, cuando desembocó del Atlántico Sur, fue la inmensidad tranquila de un pielago, opinión que hizo consignar en la hoja del Diario de Navegación. Por su parte, los marinos portugueses apenas pudieron vislumbrar el trozo occidental del mar que baña

Oceanía, ya costeadado anteriormente por sus predecesores los árabes. Sólo el tiempo, "que todo lo abarca", fue el único que pudo llegar a conocer la verdad a través de sus miles de ojos, y rindió tributo a su inmensa extensión, apellidándolo el Gran Océano.

El primer golpe de vista que el mapa nos ofrece, hace pensar que la situación de unos archipiélagos con relación a otros no es meramente circunstancial, sino que debe provenir de una ley natural, que luego se evidenciaría por su aspecto, relieve y constitución geológica de sus diferentes integrantes.

En pos de esta caprichosa e ignorada zona, emprendieron los europeos al comienzo de los tiempos modernos, viajes de exploración y descubrimiento hacia 1550, encabezados por los portugueses. Lentamente se fueron perfilando los contornos de este mundo fantástico de islas altas, bajas, de arrecifes de coral, de atolones de madréporas, de barreras de rompientes inaccesibles y de volcanes activos o extinguidos recientemente.

He aquí un mundo maravilloso por descubrir y conquistar: Polinesia, Melanesia, Micronesia, Malasia y miles más de islas y archipiélagos.

Pero sería demasiado seco, frío y lacónico, formular esta sugerencia

cia. Cabe aclarar y así lo haremos, el por qué de este proceder humano.

Una de estas causas, es en especial, la de que hasta entonces no se había señalado o fijado a la economía su fase capitalista. No será acaso porque desde siempre, remontándonos a Babilonia, egipcios, persas y griegos, ha existido siempre una especie de capitalismo, que ya anteriormente, en otros ensayos, habíamos sugerido? Es posible que así sea, si meditamos un poco sobre la naturaleza del hombre y sus reacciones ante la vida en todo el acontecer de la humanidad. Pero como sería demasiado prolijo y casi interminable remontarnos tan lejos, parece más viable circunscribirnos a los países marítimos por el momento.

Es evidente que ciertos pueblos, fenicios, griegos, cartagineses y romanos experimentaron la necesidad económica y el impulso de salirse de sus fronteras y penetrar en otras regiones ocupadas por gentes inferiores o menos avanzadas en su evolución social. Muchas son las causas que pudieron influir para estos desplazamientos, pero es de aceptar, en rigor, que en la época moderna ha sido ostensible este proceder arbitrario. Debemos pues, concluir en que coexisten dos tipos de países: los de expansiones particularmente vivas y continuas, y

los de temperamento sedentario que sólo registran migraciones individuales más o menos numerosas. Para los primeros, el tiempo ha jugado principalísimo factor con el desarrollo de la navegación, que ha propiciado el intercambio comercial y cultural, llevando a los hombres y sus productos a las regiones más distantes del globo. Esta facilidad de expansión ha suscitado en grado máximo la curiosidad, el ansia de ganar y necesariamente la inclinación a valerse de los nuevos países para colonizarlos y hacer que sus tierras y su capacidad de mano de obra se pongan al servicio de la producción y del comercio.

Así las cosas, Magallanes, que franqueó la extremidad de la América del Sur y alcanzó el archipiélago de las Islas Marianas en busca de nuevas tierras, rindió su vida en el de las Filipinas, después de realizar el viaje de circunnavegación más extraordinario de todos los tiempos. De 1526 a 1528 Alvarez de Saavedra alcanzó las Molucas, el Archipiélago de las Carolinas y tocó en Nueva Guinea. En 1589, el navegante Mendana visitó las Islas Salomón y el grupo meridional de las Marquesas.

Un antiguo piloto de Mendana, Quirós, descubrió las islas de Paumotu, después Tahití, que denominó Sagittaria y las islas de Santo Espíritu. Torres, ganó para su patria las Molucas y eternizó su

nombre en un estrecho. Tras ellos llegaron los corsarios y los aventureros en persecución de las naves españolas y de pillaje en las ciudades de Mexico y el Perú. Entre ellos destacan Drake, Candish, Van Noort, que recorren voraces el Pacífico, sólo en busca de presas, porque no les interesa la geografía. Abel Tasman, saliendo de Batavia en busca de tierras desconocidas, tropezó con Tasmania y Nueva Zelanda. Por falta de espacio omitimos referirnos a los hechos notables de Cook, Anson y otros marinos ingleses de renombre. Tampoco nos ocuparemos de holandeses y portugueses que constituyen capítulo aparte en la historia de los viajes.

Así llegamos por fin a los navegantes franceses: Dumont D'Urville, Boungainville, Surville, Marión, La Peroues, D'Entrecasteaux, Labillardiere, Freycinet, etc. Ellos, en expediciones plenas de dramatismo y suspenso, descubrieron islas y archipiélagos que entraron a conformar parte esencial del Imperio Colonial. Boungainville, uno de los más grandes navegantes galos, si no el más grande, consignó en relatos deslumbrantes su llegada y exploración a la preciosa Tahití, a la que designó, la Nouvelle Cythere, bajo el influjo que le ocasionó esta hermosa perla de la Polinesia, de 1042 km², cuya capital Papeete posee el embrujo de las tierras exóticas. Surville y Marión pere-

cieron en su empresa. La Perouse que iba tras las huellas de Boungainville y de Cook, halló trágica muerte en los escollos de Vanikoro. D'urville confirmó plenamente los descubrimientos de Dillon y llevó a Francia noticias de su trágico final. D'Entrecasteaux que marchó en busca de La Perouse en los navíos Recherche y L'Esperance, sorprendido por la guerra con Holanda, no logró provechosos resultados, pero, cosechó para la ciencia los célebres trabajos hidrográficos de Labillardiere, nunca antes realizados con tanta precisión. Los médicos Quoy, Gainard, Garnot, los hermanos Lesson y otros naturalistas y científicos, aportaron a las ciencias naturales valiosísimos datos e informaciones en beneficio de la humanidad entera.

Las guerras marítimas detendrían por algún tiempo los viajes colonizadores, de conquista e investigación científica. El gobierno de la Restauración Borbónica dio nuevamente impulso a las expediciones marítimas. Tres de ellos que emprendieron su marcha hacia la Oceanía, enriquecieron notablemente las ciencias y las colecciones de los museos franceses. El capitán Bandin, llevando a bordo al célebre naturalista Peron, exploró las regiones Australes entre 1800 y 1804.

El Africa Francesa. - Este Continente, visitado por los cartagineses, conforme al relato del na-

vegante fenicio Anón, continuó por mucho tiempo sumido en una especie de misterio, al que contribuyeron efectivamente los árabes, rodeándolo de fantásticas leyendas para evitar la competencia comercial de los europeos. Sin embargo, la imperativa necesidad que impulsó a los portugueses a la búsqueda de nuevos horizontes para salir de su forzado encierro, turbó la apacible existencia de los hombres de color. También conspiró contra su tranquilidad, el suave y dulce clima del Africa Septentrional y asimismo su vecindad con el Mediterráneo. Así, su suerte quedaría sellada y su reparto entre los europeos la convertiría en breve tiempo en un vasto mercado de esclavos, acelerado con el descubrimiento de América. Sobre ella, agitada apenas por el sonido de tambores y la gritería y algazara propias de los negros, se abalanzaron con el "derecho del más fuerte", franceses, ingleses, alemanes, portugueses, belgas, españoles e italianos. La parte que correspondió a Francia fue lo suficientemente considerable para satisfacer el orgullo y la ambición de los colonizadores, resentidos y afectados por los insucesos de las guerras libradas contra Inglaterra y Holanda en otros frentes de expansión.

En el norte, acariciadas por las olas y las brisas marinas, como talladas en las rocas, se alzaban

aprestigiadas por el influjo religioso y el fasto de los príncipes musulmanes, Tunes y Argelia. Desde estas blancas e imponentes ciudades, por la ruta del gran desierto, extendían su influencia hasta el Senegal, el Alto y Medio Níger y el Sudán Occidental, hasta el lago Tchad. Sobre la costa occidental, extensos territorios, la fértil Costa de Oro y de los Esclavos. Abajo del Ecuador, el Gabón con el más bello puerto de Africa y un trozo apreciable del Congo. En la costa oriental, el territorio D'Obock que asegura el tránsito por el estrecho de Bab-el-Mandel. Y para completar este conjunto imponente y magnífico de tierra, las islas Comares y Reunión y la maravillosa isla de Madagascar, tan extensa, que su superficie casi iguala a la de la Francia continental. Descendiendo del norte africano y tras el inmenso Sahara, nuevas tierras redondearon el gran Imperio Colonial que habían logrado consolidar la iniciativa y los denodados esfuerzos del gobierno francés en las regiones ultramarinas.

Conviene, para una mayor comprensión del importante dominio colonial en el continente negro, hacer un poco de historia sobre el pasado de estas regiones: bien hacia el norte en la zona del Atlas, se hallaban establecidas gentes de pasado remoto, como los bereberes, a quienes los estudios han designado como mauritanos, gé-

tulos, númeras y libios, que hacen pensar en un ancestro céltico. Los tuaregs, de tipo rubio y ojos azules se han perpetuado hasta nuestros días a través de los Kabilas. Marineros procedentes de Sidón establecieron, mucho tiempo antes que Roma entrara a figurar de lleno en la historia de la antigüedad, fundaciones en Kambé, Utica, Leptis, y Thapeus, hoy Tunes y Tripolitania, mezclándose con los demás pueblos del litoral. Tras ellos arribaron los tirios que habían heredado su preponderancia en Fenicia, y fundaron Cartago sobre el emplazamiento de Kambé. Hacia el 670 de nuestra era, los árabes que habían iniciado su marcha conquistadora sobre el África, bajo el mando de Amrou, lugarteniente de Omar, se apoderaron de Egipto, mientras otro guerrero musulmán Abdallah conquistaba la tripolitania. Años más tarde, otro guerrero musulmán, Okba, avanzó sobre Tunisia, fundó Kaironan y lo convirtió en centro político y religioso de la dominación sarracena. Estos son en términos muy generales, los antecedentes africanos por lo que respecta a la región de influencia francesa, mientras otros pueblos invasores, los turcos, llegaron y alteraron el calidoscopio del mundo africano, invadiendo y ocupando la zona Nórdica.

A la formación del programa colonialista francés y su desarrollo hacia el progreso, contribuyeron,

pese a la recia y obstinada oposición de algunos políticos desafectos a este tipo de expansión territorial, casi todos los estamentos sociales y económicos que constituían la estructura de la nación francesa. Hombres de estado de la época Barbónica; del segundo imperio, de la república, de la restauración, científicos, armadores, comerciantes, hombres de armas, marineros y apreciables núcleos de población emigrante.

De esta mezcla de culturas y grupos étnicos, se cristalizó una sociedad extrañamente interesante, que incorporó con el tiempo a la cultura, aspectos científicos, variada producción de artículos alimenticios y bienes de consumo, notables intelectuales, agricultores e industriales de valía.

El travieso espíritu francés, imaginativo, creador y artístico, extrajo de este mundo abigarrado de razas y de pueblos, obras y muestras apasionantes de literatura, de teatro, de fantasía exótica, de heroicidad y de aventura del más hermoso colorido.

La Indo China

Entre el golfo de Bengala y el llamado Mar Meridional de la China, en una región estrecha en el centro, pero ancha en ambos extremos, que se extiende en 1.600 kilómetros de norte a sur, anamitas, camboyanos y pueblos thai convivían difícilmente a causa de

sus frecuentes luchas por el predominio político. Los tres estados Vietnam, Camboya y Laos mantuvieron un desarrollo histórico diferente hasta cuando fueron unidos por la dominación francesa y divididos en varios estados, a saber: Cochinchina en 1867; Camboya en 1863; Tonkin en 1874; Annam en 1884 y Laos entre 1903 y 1904. En el pasado, desde el 181 hasta el 939 de nuestra era experimentó el influjo político y la cultura chinos. Su vida parece discurrir en una serie casi ininterrumpida de feroces luchas por mantener su independencia.

Francia, con el pretexto de proteger los misioneros católicos perseguidos y activamente apoyada por éstos, logró su conquista y estableció un gobernador general, con amplios poderes económicos, políticos y sociales.

Cuando todo hacía pensar que la Indo China, beneficiada indudablemente por el aporte cultural occidental, enmarcado desde luego dentro de un programa colonialista de aprovechamiento de sus recursos naturales y de su mano de obra, había aceptado su condición de colonias y protectorados en sus diferentes zonas y perdido su esencia espiritual y sus tradiciones espirituales vernáculas, este país asiático de sangre mongólica, demostró al mundo que había conservado intactas sus virtudes y sus demás valores. Pero mientras no llegó el momen-

to propicio para sacudir el dominio extranjero, hubo de contribuir por mucho tiempo al destino histórico de Francia, con sus alternativas de triunfos, derrotas y frustraciones. Así debió presenciar los cambios que se fueron operando en una sociedad sometida a las consecuencias inevitables de la evolución económica, a la extinción de los viejos principios y al nacimiento de las ideas políticas en el ciclo contemporáneo. Y como tanto los fundamentos filosóficos como las transformaciones, contradicciones y conflictos sociales viajan inexorablemente y se esparcen por las distintas regiones del orbe, a la Indo China llegaron estos mensajeros portadores de los cambios y tendencias de un mundo en continua evolución. Como discípulos de los chinos aprendieron de ellos su estoicismo, su paciencia y su capacidad de percepción para vislumbrar una salida del laberinto que surgió del choque entre una civilización milenaria oriental y la fresca y dinámica concepción del pujante occidente. Imbuida de las nuevas teorías políticas basadas en el materialismo histórico, que también habrían de hacer presa de la China, se alzaron contra el sistema colonial y alcanzaron sobre el poder militar francés una sorprendente victoria y la independencia refrendada por la sangre y el espíritu de sacrificio de una nación en armas. A conti-

nuación, enfrentada a la mayor potencia del mundo contemporáneo, la venció después de una titánica y fatídica confrontación de varios años, bajo otro nombre y con una doctrina política que ha pasmado al mundo del Siglo XX.

El Canadá

Cuando miramos hacia el Canadá apreciamos lo que significa y representa en el mundo americano esta inmensa extensión geográfica, bordeada por las aguas del Atlántico, el Pacífico y la barrera de los hielos polares del ártico. Y en la medida que nos sumergimos en la contemplación del variado paisaje que caracteriza su naturaleza estimamos el inmenso potencial que encierran sus tres bandas geográficas pobladas de ciudades, centros industriales, líneas férreas, selvas profundas, lagos, ríos, inagotables depósitos de minerales y una fauna de extraordinaria variedad y riqueza. Pero como suele ocurrir, casi nadie se ha preocupado por el origen y significado de su nombre, que en la lengua de los hurones-iroqueses, "Kanata", significa aldea, conforme lo atestigua Jaime Cartier que lo oyó de labios de un jefe indio en 1534.

Estas tierras, tan lejanas de Europa, el continente de los descubrimientos, permanecieron ignoradas por algún tiempo, después de la gran aventura de Colón, por-

que las comunicaciones entre los europeos eran tan escasas y difíciles, que en 1534 se continuaba buscando aún el paso hacia el lejano oriente, por la ruta de occidente. La visión que se tenía del Nuevo Mundo era muy vaga e imprecisa hasta comienzos del siglo XVI.

La era de los descubrimientos estaba cercana y las gentes releían con vivo interés "El Millione" de Marco Polo, verdadera enciclopedia geográfica, escrita después de su viaje al Asia en 1271, donde permaneció 18 años en los dominios del Gran Kan Kubilai, descendiente del prodigioso Gengis Kan.

La decisión papal de repartir las tierras del Nuevo Continente entre España y Portugal, como mediador en su disputa, suscitó en los demás europeos, especialmente en los países marítimos, el ansia de hallar un paso en algún lugar del hemisferio Occidental que les abriera el camino para llegar a la región maravillosa de las especias que descubrieron los polos con tanto ingenio y prodigalidad.

Tras esta empresa, Fernando de Magallanes cruzó en 1520 el estrecho que lleva su nombre, en busca de las molucas y alcanzó a llegar en su viaje de circunnavegación del mundo al archipiélago de las Filipinas, donde encontró la muerte. Su segundo en el man-

do, Sebastián de Elcano, prosiguió el largo viaje de tres años, hasta retornar a España.

Uno de los países afectados por la Bula Pontificia, la Francia de Francisco I, resolvió enviar una expedición en busca del anhelado paso hacia oriente, por la ruta del occidente. Esta misión fue encomendada al capitán Jaime Cartier, que había pescado con anterioridad en las costas de Terranova. Con su reconocida pericia de navegante cruzó el Atlántico felizmente al frente de dos embarcaciones y ancló en el Golfo de San Lorenzo. Prosiguiendo su itinerario, remontó el río que lleva este nombre, en la confianza de que había hallado el paso para llegar a la China. Pero para sorpresa suya, se encontró de pronto frente a Stadacona, que habría de ser la futura Quebec. Ya había plantado con anterioridad una cruz en un lugar que con el tiempo habría de llamarse Cabo Gaspé, para tomar posesión bajo este símbolo cristiano, de las tierras halladas. Aguas arriba del cabo anclaron las embarcaciones frente a una aldea indígena, que sería el futuro Montreal. A partir de entonces y hasta 1760, la vida de los franceses semeja un cuento pleno de atrevidas hazañas. Por él desfilan misioneros católicos, indios bravos, exploradores, cazadores, animales, selvas, corrientes de agua, y episodios dignos de la imaginación de Emilio Salgari. Estos legenda-

rios franceses soñaban con fundar un imperio ultramarino, una nueva Francia, imagen de la otra, en que la cultura, la fe cristiana y el temperamento francés irradiaran su influencia sobre una naturaleza cuyos aborígenes revelaban gran bondad natural, desprovistos de los prejuicios que afectaban la conciencia del mundo occidental. Toda esta bella ilusión abriría campo a la futura teoría del "buen salvaje" que propugnarían los filósofos y literatos europeos.

Este viaje de Cartier, que tuvo la virtud de despertar en las gentes de su época el más vivo interés por el Canadá, si fue pletórico de aventuras extraordinarias y de provechosos resultados para su patria, no tuvo sin embargo la originalidad de ser el primero. Hacia el siglo X, Leif Ericsson y sus escandinavos llegaron en sus correrías, por el mar a las costas del Canadá. Sin embargo, las escasas comunicaciones entre los europeos de entonces mantuvieron en secreto su expedición hasta mucho tiempo después. Fue sólo hasta fines del siglo XV, en 1497, cuando Juan Cabotto, navegante italiano al servicio de Inglaterra, zarpó de Bristol en busca de nuevas islas y de un paso hacia oriente. Cuando avistó las playas canadienses, ancló su barco, plantó la bandera de Inglaterra y emprendió el viaje de regre-

so. Su segundo viaje atrajo la presencia de pescadores de diversos países. ,

Después de Cartier desfilan hombres de estado, grandes marinos y hombres ansiosos de prestigio, riquezas y aventuras. Uno de ellos Champlain, al servicio del señor de Monts fundó la colonia de Part Royal, hoy Nueva Escocia, primer asiento permanente en la historia del Canadá. La vida de este hombre se prestó a la imaginación y fantasía de los intelectuales de su tiempo, porque ella estuvo orientada a la hazañosa empresa de vagar por las selvas y los ríos, satisfaciendo sus inquietudes de fundar establecimientos, de aumentar sus conocimientos de geografía y de gozar de una naturaleza exuberante y siempre nueva. Su temperamento generoso y su valentía le ganó la amistad de los indios hurones y montañeses. Se adentró por tierras de los iroqueses, remontó las aguas del río Ottawa y fue uno de los verdaderos precursores del futuro New York. Sin mayores recursos y olvidado por su patria, debió afrontar el fuerte ataque de los ejércitos ingleses y de las bandas de aventureros comandadas por David Kirke, hasta cuando, tras dura lucha debió rendirse. Tuvo sin embargo, la satisfacción de ver que las tierras perdidas en

la guerra, le fueron devueltas a Francia con la paz.

Estos hombres de gran fortaleza moral y de un físico a toda prueba, fueron mejores exploradores que colonizadores. Su impulso los llevó hasta las praderas occidentales, más allá de los grandes lagos. Luego giraron hacia el sur, bajando el Missisipi, hasta el Golfo de Mexico, vadeando pantanos y marismas y atravesando bosques vírgenes.

El Canadá francés vivió como sus vecinos, los Estados Unidos de Norte América, una etapa de colonización, en que el esfuerzo y voluntad de sobrevivir, triunfaron de una naturaleza ruda pero exuberante, en lucha contra los nativos, las enfermedades, las condiciones climatológicas y sus eternos adversarios los ingleses. Sometido a las vicisitudes políticas de su madre patria, hubo de afrontar las penalidades de la lucha contra Inglaterra y pasó a incorporarse al Imperio Británico. El espíritu de ambos países se transmitió a sus descendientes y los lugares donde fundaron sus establecimientos llevan impresos el carácter y los rasgos de sus fundadores. Ingleses y Franceses conviven muy compenetrados de un interés común y han forjado uno de los más interesantes países del mundo.

OBRAS CONSULTADAS

Francia 1870 a 1939. D. W. Broyan.

Fondo de la Cultura Económica. Mexico.

Historia de la Civilización Francesa. G. Duby y R. Mandrou.

Fondo de la Cultura Económica. Mexico.

Las Islas del Pacífico. H. Jouan.

Librairie Germán Bailliere, Boulevard Saint Germain.

L'Afrique Francaise. A. Joiyeux.

Librairie Felix Alcan. París.

L'Indo China Francaise. A. Joiyeux.

Librairie Felix Alcan. París.

A vision of Versailles. André Maurois. Amelot, Brionne (Eure).

Encyclopédie para l'image. Versailles. (Librairie Hachete). París.